

Desde las orillas del mar Rojo, pasó en seguida á Medina, á la Meca y á los países musulmanes.

En 1555, dos socios de Damasco fundaron en Constantinopla el primer café que ha existido.

Presto los doctores, los derviches y todas las gentes de letras se agolparon en aquel afortunado establecimiento que tomó el nombre de *Escuela de los sabios*.

Venecia fué el punto de Europa donde por primera vez se probó el café, gracias á Picho de la Valli.

La Koque, y Thevenot lo introdujeron el uno en Marsella en 1644, y el otro en París en 1617.

Tenemos, ¡ay! que confesar que el café fué bastante mal recibido en Francia.

En 1669 Soliman Aga, embajador de Mahomet IV en París, convidó á los principales señores de la corte á que fuesen á tomar café á sus hermosas habitaciones. La nobleza de Francia quedó pasmada de admiración ante las ricas babuchas del embajador, empero hizo un gesto de desagrado



El baile de las cabras.

ante su licor *amargo y negruzco*. El café hubiera tal vez gustado si hubiese sido gris-verde ó azul celeste.

El armenio Pascal que acompañaba al embajador, abrió el primer café público en el año 1670 en la feria de San German.

Desgraciadamente entonces el café costaba ochenta pesetas la libra, y Pascal, se tomaba mas que vendia.

Un dia, pues, cerró su tienda y se llevó sus cafeteras á

SEGUNDA SERIE.—1866.

Londres en donde tuvo una gran acogida é hizo un negocio prodigioso.

Por esta misma época el café penetraba en Austria y recibia de aquella nacion la mas brillante y cordial acogida.

Era el año de 1683. Llamaban los turcos á las puertas de Viena, visita tanto mas incómoda, cuanto era menos esperada. No habia ni un solo escuadron para recibirlos. El ejército austriaco se hallaba acampado á una gran distan-

AÑO XXIV. 35.



cia de la ciudad. ¡Cómo avisarle! ¡Cómo llegar hasta él! Viena estaba perdida.

De repente un soldado polaco al servicio del Austria, Kuleyhi, se disfrazó de turco, atraviesa el campo enemigo y hace saber á sus jefes los peligros de la capital.

Inmediatamente el ejército austriaco aumentado con las tropas del bravo Sobieski, rey de Polonia, se lanza sobre Viena, cae sobre los sitiadores y los pone en completa derrota.

Después de haber hecho una horrible carnicería en los musulmanes, el intrépido Kuleyhi, se apoderó de una enorme cantidad de café, que los turcos habían abandonado en su fuga, y cuando el emperador le preguntó después de la batalla qué deseaba por recompensa, el soldado solicitó y obtuvo sencillamente el permiso de abrir en Viena un establecimiento para vender el café del enemigo.

El héroe polaco se convirtió en cafetero, y muy pronto en millonario. Por su parte el ayuntamiento de Viena decretó, que se celebraría con gran pompa el aniversario del café de Kuleyhi, y que el busto del glorioso soldado adornase todos los cafés que en lo sucesivo pudieran establecerse en Viena.

Todavía existe el café Kuleyhi, y es el punto de reunión de los patriotas polacos, que acuden allí á beber como..... como polacos patriotas por la resurrección de la antigua Polonia.

Allí se ven muchos bustos del salvador de Viena, empero no se ven mas que allí. ¡Cómo ha de ser! ¡Mucho han cambiado las cosas desde el tiempo de Sobieski en Viena, especialmente su ayuntamiento de 1683!

Sigamos al café en sus singulares peregrinaciones.

Los príncipes árabes para conservar el esclusivo monopolio de tan precioso fruto, dieron un edicto que prohibía bajo pena de muerte la esportación de cualquiera planta de café fuera de su país.

Este edicto no bastó á impedir que el holandés Van-Heru se procurase un esqueje ó pié de cafetal que se llevó á Batavia.

De este pié descienden todos los cafetales de la India, de la América y de la Oceanía.

Veamos como.

El cafetal de Van-Heru, prendió completamente y prosperó en Batavia. Uno de sus descendientes transportado á Amsterdam como objeto de curiosidad, tuvo igualmente una familia numerosa, y uno de sus tallos ó retoños fué ofrecido á Luis XIV, que lo entregó á los profesores del jardín botánico. Este, á su vez, engendró tres pequeñas plantas de café que Antonio de Jussieu confió al caballero Desclieux, al marchar á la Martinica.

Terrible fué la travesía: llegó á faltarles el agua y se puso la gente á ración. Desclieux prefirió soportar los tormentos de la sed, á dejar perecer las preciosas plantas que se le habían confiado.

Vertió para regarlas hasta la última gota de agua de su tasada porción.

Al llegar al fin á la Martinica, dos de aquellas plantas habían perecido. Quedábale solamente una.

De esta, han salido todas las plantaciones que cubren hoy las Antillas y las cálidas comarcas del continente.

¡Cuántos millones ha valido á la Francia la abnegación del valiente Desclieux, y cuántos goces no ha proporcionado á la humanidad!

Todo tiene sus enemigos por cabal y perfecto que sea. El café los ha tenido terribles, reyes, emperadores, sacerdotes y ministros.....

En 1675, en tiempo de Carlos II, se suprimieron todos los cafés en Inglaterra, como focos de sedición. Aquel rey hallaba que se hablaba con demasiada osadía de su gobierno.

En tiempo de Mahomet IV, el gran visir Kuprolí hizo igualmente cerrar todos los cafés de Constantinopla, porque allí se hablaba de él con poco respeto, y se criticaba su política.

Convicto de escitar al odio y desprecio al gobierno, el café fué declarado bebida revolucionaria y proscrito del imperio.

En el Cairo hubo todavía mas.

Los cafés estaban llenos de gentes, y poco concurridas las mezquitas, ó casi vacías. El café fué declarado licor impio.

Abdallah-Ibrahim, predicó altamente contra el café en la mezquita de Hassasania.

—Los que lo tomen, gritaba, se despertarán en el día del juicio final con su rostro mas negro que el fondo de las vasijas en que se prepara este licor.

Todas las coquetas de la ciudad renunciaron al café, por miedo de resucitar con caras de negras.

En Alejandria se formaron dos partidos, el uno en pro, y el otro en contra del café. Se armaron las gentes, se batieron y corrió la sangre por las calles.

El comandante de la ciudad convocó á los doctores de Alejandria y les rogó que diesen su opinión sobre las propiedades del café.

Después de haber escuchado sus largas discusiones, declaró visto el pleito, levantó la sesión é hizo servir café á todo el mundo.

Esta medida tan justa como ingeniosa, restableció la tranquilidad en la ciudad.

En Smirna, por el contrario, los enemigos del café triunfaron. Apalearon á los pobres cafeteros, y quemaron en la plaza pública sus mercancías.

Hoy estamos, mil gracias á Dios, muy lejos de semejantes atrocidades. No se quema el café sino para darle color y perfume. Corre pacíficamente desde Londres á Calcuta, desde Lisboa á Pekin. El mundo entero toma su tacita de café, y si las predicciones del elocuente Ibrahim llegasen á realizarse, creo que en el día del juicio final todos resucitaríamos un poco negros en el valle de Josafat.

### III.

Consumo del café.—París y Constantinopla.—La aristocracia del café.—Majestad de la Moka.—El gran sultan y el Serrallo.—Bahouri.—Faki.—Falabi.—El paraíso de Mahoma.

París es, después de Constantinopla, la ciudad del mundo en que se toma mas café.

Este es el orden en que los gastrónomos, según su mérito, colocan el café.

El Moka.

El Martinica, fino verde.

El Guadalupe, primera cualidad.

Por último el Borbon, que á pesar de la debilidad de su aroma, tiene cierto aire de familia con el Moka.

Estas cuatro clases forman la aristocracia del café.

Después vienen el Cayena, el Ceylan, el Brasil, el Java, el Habana, Puerto-Rico, el Sumatra, cuyo aroma menos aristocrático tiene mas energía que finura.

El Moka es el rey, así como es el padre de todos los cafés. A España no viene mucho.



Los turcos lo guardan para si, y hacen bien.  
Este excelente café se divide tambien en tres clases de cualidades diferentes.

La primera, llamada *bahouri*, está reservada exclusivamente para el uso del sultán y del serrallo.

La segunda, que es el *faki*, hace las delicias de los bajás.

La tercera, que se llama *salabi*, sirve de consuelo al proletario musulmán, esperando saborear el *bahouri* en el paraíso de Mahoma.

## IV.

Los melocotones de Fontenelle.—Luis XIV y Voltaire.—La tortilla del duque de Richelieu.—Turcos, árabes y persas.—La mujer de Diderot.—Una palabra de Danton.—Duclos y su tía.—Cárlas Nodier, y un señor de la calle de San Luis.—Desafío escéntrico.—Un caballero particular.—Matrimonio al café.—Muerte de un valiente general.—La última taza de café.

Pretendia Fontenelle, que murió á los noventa años de edad, que solo habia comido en toda su vida tres melocotones buenos. Habia tomado nota de la fecha y del sitio en que habia saboreado estas frutas, sin falta ni pero alguno, empero no dice cuantas veces tomó buen café, lo que no es menos raro que los buenos melocotones.

Todos saben algo de cocina, pero pocos saben hacer un asado; y para hacer bien el café se necesita un don especial. ¿No es cien veces mas difícil y escabroso y mas delicado que hacer un guisado? Así los verdaderos aficionados al arte culinario, los genios de este arte, no desdeñan echar mano á la cafetera.

Sabido es de todo el mundo que Luis XV y Voltaire se hacian ellos mismos el café.

No hay para qué decir que los cortesanos se apresuraron á imitar al rey. Marquesas y duquesas se proveyeron á porfía de su molinillo de café y de su cafetera. Además, era entonces de muy buen tono el cocinar algo.

El duque de Richelieu pasaba por una notabilidad en el arte de hacer y doblar una tortilla, y el gran canciller Meaupou hacia excelentes buñuelos, y demostraba en ello un grandísimo talento.

Voltaire no encontraba bueno sino el café que él mismo se hacia, y rara vez tomaba otro.

El buen abate y poeta Delille, hablando con el café, entusiasmado decia:

Es gran placer para mi  
Y me enagena de gozo,  
El preparar en mi mesa  
Ese néctar delicioso.  
Sobre un brasero ardiente  
A tostar sus granos pongo,  
Y su dorado color  
Con el fuego en negro torno.  
Los aromáticos granos  
Después reduciendo á polvo,  
En un trasparente vaso  
En infusion los coloco.  
Y ebrio de placer contemplo  
Cómo hierve poco á poco,  
Y en extraño torbellino  
Sube el néctar delicioso.  
Y trasladado á mi taza

Me proporciona un reposo,  
Un bienestar y ventura,  
Que casi me vuelvo loco!....

Los turcos sobresalen en el arte de preparar el café, que llaman la haba del amor, la bebida de los dioses, las delicias del paraíso.

En Constantinopla, una casa de tono tiene por lo menos dos kareglis, es decir, dos oficiales para hacer el café.

En el serrallo hay muchos kareglis, y cada uno tiene á sus órdenes á muchos battugis, encargados de hacer á su vista el café.

Cuando se casa un turco, uno de los compromisos y obligaciones que contrae, es el de que no le falte nunca café á la mujer con quien se casa. Esto es quizá mas prudente que el jurarle fidelidad.

En Persia, el preparar el café es una especie de honor reservado al amo de la casa.

Entre los árabes echa siempre el café en las tazas la persona de mas edad, ó la mas recomendable de la sociedad.

Se bebe con recogimiento, y después se recitan versos en su alabanza.

—Solo conoce la verdad, dice un árabe, el hombre sensato que ha vaciado la copa en que se espuma el café.

—El café es nuestro oro, responde la sociedad, es la bebida de los hijos de Dios, es el agua que lava nuestros pecados, que consume nuestras penas.

Por esta cuenta el árabe no debe de tener muchos pesares, porque se toma lo menos veinte tazas de café al día.

Después de los orientales, los italianos primero y después los franceses, son los mas aficionados al café.

Los españoles prefieren el chocolate, los ingleses el té, los rusos el aguardiente y los alemanes la cerveza.

Estos últimos tambien hacen justicia al café, y si pueden mejor toman cinco tazas que una; pero su simpatía se estiende á todos los líquidos conocidos en general, y á los alcohólicos en particular.

El poeta Duclos todos los días andaba una legua para ir á casa de su tía, que era una buena señora anciana, donde tomaba una taza de excelente café.

Cuando murió la buena señora quedó inconsolable Duclos.

—Vamos, le decian sus amigos, todos somos mortales, y vuestra tía tenia ochenta y ocho años!

—Es verdad, respondia el poeta, era muy vieja; pero ¡me queria tanto y hacia tan bien el café!

Diderot cuenta en sus Memorias que su mujer le daba todas las mañanas nueve cuartos para ir á tomar café al boulevard.

La buena mujer le recomendaba siempre que le trajese los terrones de azúcar que le sobraban.

El terrible Danton nunca subia á la tribuna sin haberse tomado muchas tazas de café. Llamaba á esto dar cebada á su caballo.

El que era un gran aficionado al café, era Cárlas Nodier.

Un día que se iba paseando por el jardín de las Tullerías, trabó conversacion con un señor que iba echando miguitas de pan á los pajaritos del jardín.

Era un hombre de distinguida apariencia, elegantemente vestido, con voz afable y simpática fisonomía. Recayó la conversacion sobre el café, y no tardó en animarse.

Cárlas Nodier estaba en favor del café verde de la Martínica y el señor por el Borbon.



—Y bien, exclamó Nodier, aquí teneis mi tarjeta. Venid á mi casa mañana y os haré tomar Martinica.

—Pues bien, respondió el señor, aquí teneis igualmente mi tarjeta, y os aguardo pasado mañana y beberemos Borbon.

Despues de este doble encuentro Nodier se confesó vencido: el Borbon era superior.

Los combatientes se separaron dándose la mano de amigos, y prometiéndose renovar á menudo este desafio lleno de encantos.

El señor Antonio, el adversario del célebre escritor, era un bellissimo sujeto, de talento, instruido, aunque un poco tímido, y vivía en una casa muy elegante y muy cómoda.

Cárlos Nodier se complacia mucho en ir á la casa de su amigo.

A la mañana siguiente de su famoso desafio de la Martinica y del Borbon, Nodier se paseaba en el boulevard con un magistrado amigo suyo. Acertó á pasar por allí el señor Antonio, y Nodier le saludó amistosamente con la mano.

—¿Conoceis á ese hombre? le preguntó el magistrado.

—Es un amigo nuevo, un hombre excelente, que toca muy bien, y hace versos y un excelente café.

—Y que corta las cabezas, le interrumpió el magistrado: ese señor es el verdugo de París.

A punto estuvo el pobre Nodier de caer en medio del paseo desmayado.

Su aficion le habia llevado á tomar café con el verdugo.

En mas de ocho dias le fué imposible el tomar una gota de café. Cuando acercaba la taza á sus labios veia siempre delante de sí á su amigo Antonio, el verdugo de París!

A propósito de aficionados al café, no podemos olvidar al marqués de Sabragne, un caballero muy particular.

Obligado á tomar el camino del destierro en 1793, el marqués se fijó en Hanzen, pequeña poblacion de Alemania, donde se consolaba componiendo canciones contra Robespierre.

El marqués era gastrónomo, es decir, desgraciado en la patria del jamon ahumado y de la salchicha.

El cielo tuvo, sin embargo, compasion de él, y le proporcionó que la hija de su huésped tuviese el don de hacer un incomparable café.

Un dia llegó Sabragne radiante de alegría á casa de su huésped. Las puertas de la patria se habian abierto para él. Ya veia en su imaginacion las almenadas torres de su castillo, empero á su alegría se mezclaba una grave inquietud.

¿Quién le haria en Francia su café? Llevarse á la hija del huésped á Francia era difícil. ¿Y con qué título? De criada, sus padres, aunque pobres, eran orgullosos y no lo consentirian. Al fin Sabragne se armó de valor. Tomó dos buenas tazas de café, abrazó á todo el mundo y se puso en camino.

Al llegar á Stutgard el marqués pidió café, y era execrable.

En Calsruhe lo halló abominable.

En Rastadh horroroso.

Al fin el marqués ya no pudo aguantar mas, tornó brida á su caballo y pidió en matrimonio á la hija de su huésped.

El venturoso Sabragne volvió, pues, á Francia con su jóven esposa, que le dió buen café, y además hermosa y dilatada prole.

El café ejerce una singular influencia sobre los órganos del pensamiento.

Da al espíritu una lucidez, una viveza extraordinaria. ¡Cuántas felices ocurrencias y cuántos bellos rasgos han salido del fondo de una taza de café!!!

Oigamos aun á Delille cantar los maravillosos efectos de esta bebida intelectual:

Al respirar tus aromas

En mí un dulce calor siento,

Que hace que estén los sentidos

Mas ágiles y despiertos.

Sin confusion lentamente

Hierve el genio en mi cerebro,

Y en él espontáneos brotan

Mil brillantes pensamientos.

Si estoy triste y cuidadoso

Y afligido y macilento,

Tú haces volver la alegría

Cuando á mis labios te llevo.

Cuando despues de comer

Mi taza de café vierto,

Parece que en cada gota

Un rayo del sol me bebo!....

La escitacion producida por el café algunas veces va demasiado lejos, y muchas veces se prolonga en la noche, impidiendo dormir.

Nada es mas implacable que el insomnio producido por el café.

Son las doce de la noche, se ha consumido la vela, van á cerrarse los ojos, y de pronto vuestra pobre cabeza se halla invadida de un torrente de pensamientos extraordinarios. Soñais casi á la vez en Julio César, en los ingleses, en la luna, en Semíramis, en un millon de cosas.

Esta particularidad del café de impedir el sueño, me recuerda el dicho de un reo muy chancero que iba á subir al cadalso. Despues del desayuno de costumbre, preguntáronle si queria tomar café.

—No, respondió, preferí una copa de jerez, porque el café me desvela.

Los médicos no están de acuerdo sobre las propiedades sanitarias del café.

Unos lo toleran, otros lo prohíben, otros lo recetan. Los hay que lo prohíben y recetan á la vez.

*Un médico á un enfermo.* ¿Toma vd. café?

*El enfermo.* Todos los dias; no me puedo pasar sin él.

*El médico.* Pues bien, es preciso que se prive vd. absolutamente de él: el café es ardiente, escitante, etc., etc.

*El mismo médico á otro enfermo.* ¿Toma vd. café?

*El enfermo.* Nunca: creo que me es contrario.

*El médico.* Se equivoca vd., el café es tónico, digestivo, etc., tómelo vd. to dos los dias.

Un amigo rogaba á Voltaire, que se abstuviese del café que miraba como un veneno lento.

—Y tan lento, le respondió el gran poeta, que hace noventa años que lo estoy tomando, y aun no me he muerto!

No todos tienen la constitucion de Voltaire y es indudable que el abuso del café puede ocasionar las mas fatales consecuencias.

Hace algunos años el general O..... á quien habian respetado las balas de Austerlitz, Jena, y otros veinte campos mas de batalla, fué muerto por el café.

Sus antiguos camaradas de bigotes grises y retorcidos, abatidos los mas, como en un dia de derrota, y llorando como unos niños, rodeaban el lecho del moribundo.



—Doctor, dijo el general, creo que muy pronto voy á irme á reunir con el emperador Napoleon I.

Y como el médico permaneciese silencioso.

—Pues bien, continuó el general, que me echen café en mi hermosa taza.

Era una taza fina de porcelana de Sevres, adornada con el retrato del emperador, y que Napoleon le habia regalado.

Hacia tiempo desde que estaba malo, que el enfermo no tomaba café, y cuando lo tomaba era en corta cantidad. Se lo echaba un veterano, y generalmente no llegaba á poner café sino hasta las charreteras del retrato de Napoleon. Como en este día el veterano se detuviese en el limite prescrito.

—Anda, le dijo el general, hoy te permito que le remojos hasta el sombrero.

Cogió la taza y sonriendo á sus amigos bebió lentamente.

— ¡Escarlante café, murmuró, pero un poco flojo!

Y murió.

## V.

Elegancia y costumbre del cafetal.—Flores y frutos.—Cosecha del café.—Ramo de azahar.—Las solteronas.—Perder el ramo del cafetal y vestir imágenes.

La planta del café pertenece á la familia de las rubiáceas. Está siempre verde y se asemeja mucho al cerezo.

Crece hasta quince pies en las estufas, y hasta veinte y cinco en los trópicos.

Su flor aromática, blanca y ligeramente rosada, tiene la forma, y el perfume del jazmin de España.

Así es que los sabios le han llamado *jasminum arabicum*.

La planta del café florece ordinariamente dos veces, empero sin interrupcion alguna entre estas dos épocas, de modo que en todo tiempo estos elegantes árboles están adornados de flores y cargados de frutos.

Las lindas flores del cafetero se pasan muy pronto y son reemplazadas por cerezas cerradas en una bulba ó cebolleta amarillenta que sirve de envoltura á dos pequeñas habas.

El cafetero comienza á producir á los cuatro años y dura hasta los treinta.

La cosecha del café se hace de este modo.

Se sacuden las plantas sobre unos lenzones tendidos al pié de los árboles. Caen en ellos todas las cerezas maduras y se llevan en unas esteras del país á colocarlas al sol para que se sequen completamente. En seguida se les quita la cáscara, haciéndolos pasar por un cilindro de madera.

Las dos habas se separan y se las criba en grandes arneros para mondarlas, despues se las pone á secar de nuevo.

La recoleccion del café, es una fiesta en nuestras colonias, como lo son entre nosotros la siega en agosto y las vendimias en octubre.

En las Antillas una rama de café reemplaza al ramo de azahar ó flor de naranja que colocan en su pecho las novias al ir al altar.

Se dice hablando de una vieja solterona, condenada á celibato perpétuo, que ha perdido su ramo de flor de café, así como se dice en España, *quedarse para vestir imágenes*.

## VI.

Semillas de nuestros padres.—Falsificacion del café.—Un café geológico.—Influencia de los cafés.—El cigarro.—La familia y los cafés.

Nuestros padres en otro tiempo para hacer café, tomaban lisa y llanamente café, así como tomaban una liebre para hacer un guisado de liebre.

Muy torpes eran nuestros padres.

Hoy se sirve en vez de café achicorias, bellotas dulces y toda especie de granos y de raíces.

Con decir que se emplea la tierra está dicho todo.

Si, señores, la tierra. Se hace café con tierra de greda. Hasta ahora no habia servido mas que para hacer muñecos y alfarería.

Con esa materia escesivamente primitiva y poco costosa se consigue y llegan á imitarse perfectamente los granos del café.

Despues de esa honrada fabricacion, se pinta aquel café geológico con melaza para darle carácter y fisonomía.

Tambien además por ese ingenioso blanqueo se restauran, rejuvenecen y habilitan los cafés averiados.

¡Es horrible el café tierra! esclamarán los lectores. De seguro no vale tanto como el Moka, pero ¿qué se le ha de hacer?

El comercio es el comercio, y es preciso que cada cual se gane la vida en este picaro mundo. Es preciso tener algo con que responder á esos millares de gargantas cuya sed va en aumento todos los dias.

Si se pudiese endulzar el mar, y hacerle hervir con algunas montañas de achicorias, se beberia el mar.

En España hay ciudades donde casi hay tantos cafés como casas. En Barcelona son innumerables y lujosísimos. En Madrid no se diga.

Hoy todo el mundo va al café. En otro tiempo solo iban las gentes á beber en ellos, hoy se pasan allí los dias y las noches hasta sus mas altas horas.

En otro tiempo los cafés eran del dominio esclusivo de gentes de poco valer y ociosos, que con gran ruido y broma contaban sus proezas de billar y de las copas que bebían.

Hoy las gentes mas elevadas, los altos funcionarios al dejar sus graves ocupaciones, no desdennan el venir á sentarse en las banquetas de un café.

Colocar en batalla los pedacitos de marfil llamados *dominós*, beber como esponjas, fumar como carreteros, escupir, gargar, pagar y salir fumando, es como pasa sus noches el pueblo español.

Así hay pocas tertulias, y el trato espiritual y franco va desapareciendo del hogar de la familia.

El hogar de las familias es la interesante víctima de los cafés y de los casinos, que en resumen no son sino unos cafés reservados, y cuya entrada es solo para los socios.

En otro tiempo cada cual por la noche se hallaba en su puesto. La familia constituía una tertulia que amenizaba la amistad, y que no pocas veces se trocaba en amor.

Allí las mujeres hacían labor, los hombres hablaban ó cantaban, y los niños escuchaban encantados con la boca abierta los cuentos ó las canciones.

Hoy todo está completamente cambiado. Las señoras se adormitan é inclinan su cabeza sobre la labor que bor-



dan, los niños se fastidian y hay que acostarlos, el ama de la casa aguarda la vuelta del marido, ó de los hijos, y reina un soberano fastidio en el seno de la familia donde antes era todo alegría, vida y movimiento.

EL C. DE F.

## DE LOS HOMBRES DE LETRAS

Y DE SUS VICISITUDES MAS ORDINARIAS EN SU VIDA PUBLICA Y PRIVADA (1).

Voltaire, que, llevado en alas de su impiedad contra el catolicismo, repetía siempre á sus adeptos estas palabras sacrílegas: «Mentid, mentid, que algo quedará,» dió rienda tan suelta á su espíritu maligno, que se acostumbró á calumniar y mentir casi instintivamente, y en términos exagerados, hasta el extremo de afirmar todo lo contrario de lo que está depositado en todas las historias y en las doctas páginas de los escritores mas fidedignos. Con efecto, sin parar mientes en que se abalanzó siempre como un hidrófobo contra los que censuraban sus escritos blasfemos, su orgullo, su intolerancia y su carácter bilioso y ágrío, calificaba de inconvenientes y escandalosas las disputas literarias; y luego añade, falseando la historia de todos los siglos, que en Grecia y Roma, los sabios, animados únicamente de su amor á las letras, no fueron nunca rivales, ni se injuriaron unos á otros, echando mano de las calumnias y de mentiras bajas y rastreras. ¡Ojalá pudiera convertirse en una verdad este aserto, mas falso que las profecías de Mahoma! Los sabios, desde el principio del mundo hasta hoy, han servido casi todos de blanco á las pasiones mas ruines; se han visto casi todos perseguidos con saña y furor; mutuamente se han injuriado, y muchos han perecido por falta de recursos, como Cervantes y el ilustre Segati, que llevó consigo al sepulcro el gran secreto de convertir en durísimo mármol las partes mas blandas del cuerpo humano. Algunos han muerto en el fondo de un hospital, como Camoens; otros han pasado largos años de su vida en el fondo de lóbregos y hediondos calabozos, como Campanella y Tasso; otros no han recibido mas recompensa por sus obras inmortales que frios parabienes, como estas palabras dirigidas por el cardenal Hipólito de Este al ferrarés Homero: «¿De dónde ha sacado vd. *messer Ariosto*, toda esa sarta de tonterías?» Otros se han visto obligados á trabajar hasta su última agonía, como Bayle, que pocos momentos antes de espirar, entregó corregidas al cajista unas galeras que le habia llevado el día anterior.

Volviendo á Voltaire, no queremos pasar por alto que tenemos á la vista un libro francés, que revela la mucha falsedad de su aserto: vamos á transcribir en castellano el título de la obra: *Disputas literarias, ó Memorias para servir á la historia de las revoluciones de la república de las letras, desde Homero hasta nuestros días*, Paris, 1761. En este libro, que es una compilación anónima, muy apreciable bajo todos conceptos, están consignados los pormenores mas importantes y peregrinos acerca de las muchas y encarni-

zadas disputas que han mediado entre los sabios mas eminentes y las corporaciones científicas ó literarias mas ilustres.

La suerte de los sabios no ha sido ciertamente lisonjera, como nos da un claro testimonio de ello lo que llevamos espuesto; no nos atrevemos, sin embargo, á negar que en las muchas y distintas épocas del mundo ha habido algunos hombres científicos y algunos literatos, á quienes se han tributado elogios y merecidos honores.

Los siete sabios de Grecia, Thales, Pitaco, Bias, Solon, Cleobulo, Periandro y Quilon, cuyas vidas nos ha dejado escritas Diógenes Laercio, obtuvieron los primeros puestos en sus patrias respectivas, recompensando con gala y generosidad su mérito, no solo sus contemporáneos, sino tambien los venideros, que nos han legado sus nombres, como noble y gloriosa herencia. Pitágoras de Samos, fundador de la escuela filosófica de la Magna Grecia, y digno sucesor de los siete sabios, fué considerado por sus contemporáneos como un oráculo, como un mediador entre los hombres y los dioses, y como un gran político. Con efecto, muchas de sus teorías y doctrinas sociales fueron adoptadas en el terreno práctico y veneradas como verdades infalibles. Despues de su muerte se le erigieron estatuas, y algunos cortesanos aduladores, queriendo halagar la vanidad del brutal Comodo, mandaron acuñar una gran medalla, en que estaba representada la imagen de aquel emperador de triste y vergonzosa memoria, y la de Pitágoras, filósofo profundo, político y moralista. Pero la posteridad, siempre imparcial en sus juicios, recuerda todavia con horror el hecho muy singular de un monumento en que un puñado de viles cortesanos intentó hermanar los vicios mas asquerosos con las mas acrisoladas virtudes. Platon fué tenido siempre en mucho aprecio por sus contemporáneos; y el gran Mitridates, de la familia de los reyes de Persia, mandó erigirle una estatua, en cuyo pedestal se leía esta inscripcion: «Mitridates, hijo de Rodobatro, consagra á las Musas la estatua de Platon;» y los despojos mortales de este insigne filósofo fueron depositados en la ACADEMIA, ameno y delicioso paraje en donde Platon dictaba sus sublimes doctrinas á sus numerosos discípulos; los cuales despues de su muerte le honraron, erigiéndole en aquel lugar un magnífico sepulcro.

¡Ah! los verdaderos sabios, y aun mas los vates eminentes, no solo trasmiten su gloriosa fama á la mas remota posteridad, sino que perpetúan tambien el nombre de sus Mecenas, de los valerosos capitanes y de las testas coronadas, si ellas han cooperado al progreso de las luces, y han enriquecido su patria con monumentos magníficos, literarios y científicos, ó artísticos, como cantó Boileau celebrando la grandeza de Luis XIV en los versos siguientes, traducidos del francés al castellano:

Por tí, gran rey, voy á ver

Enriquecido el Museo,

Y de su antigua escasez

Libre, abundante y sin riesgo.

Prosigue, señor, prosigue

A darle el mayor fomento,

Pues que sin él nunca el Héroe

Puede llamarse Héroe escelso.

La menor sombra funesta,

A pesar de sus anhelos,

Oscurece con la fama

Su historia, y su nombre á un tiempo.

(1) El presente artículo puede servir de complemento al del señor don Dionisio Chaullé, inserto en este número, bajo el título de VENTAJAS DE LA IGNORANCIA Y CONTRATIEMPOS DEL SABER.



En vano para eximirse  
De olvido en su monumento  
Águiles vió veinte veces  
A Troya en continuo duelo:  
En vano á orillas de Hesperia  
Contra los cuatro elementos  
Trasplantó Eneas vencido  
Su patria, dioses y abuelos.  
Sus nombres tan decantados  
Sin el favor de los versos  
Mil años há que estarían  
Olvidados con sus hechos.  
Sin el favor cuidadoso  
De un númen fiel, y halagüeño,  
Para vivir inmortal  
Vanos fueran tus esfuerzos.  
Apolo te ofrece el suyo,  
Dale tesoros inmensos,  
Verás en grandes poetas  
Propagarse nuestro suelo.  
Un Augusto fácilmente  
Puede hacer Virgilio nuevos,  
Pues con tener un Mecenas  
Todo se lo halla dispuesto.  
¡Cuántos testigos ilustres  
De tus bondades y premios  
Lo estarán ya confirmando  
A los siglos venideros!

Tíbulo dice también en su elegía IV del lib. I. que el hombre, celebrado por las Musas, vivirá mientras que la tierra produzca encinas; mientras que corran los ríos; mientras que resplandezcan los astros en la azulada bóveda del cielo.

*Quem referent Musae, vivet dum robora tellus,  
Dum coelum stellis, dum vehet amnis aquas* (1).

Diógenes Laercio nos ha conservado en la vida de Heráclito una carta dirigida á este gran filósofo por Dario, rey de Persia, el cual le dice con expansión de afectos lo que sigue: «Deseo ardientemente veros, deseo oiros y participar de las doctrinas que enseñáis á los griegos. Venid, pues, sin tardanza que yo os prodigaré todo género de distinciones. Disfrutaremos de mis bienes, y vivireis como mejor os convenga: nadie os dará en Grecia lo que os ofrezco, porque los helenos no respetan lo bastante á los sabios, ni á un hombre de vuestro mérito.» Heráclito rehusó todos los ofrecimientos de Dario, contestándole en una respetuosa carta, que constituía su felicidad el vivir privado y sin grandeza ni esplendor.

Demóstenes y Esquines, justa y merecidamente celebrados por su elocuencia, fueron entrambos rivales. Pero el primero, después de haber vencido al segundo, que había puesto en juego todas las fuerzas de su poderoso ingenio para que no se confiriere á Demóstenes la corona de oro, que por último obtuvo; después de haberle vencido, digo, le facilitó generosamente todo el dinero que necesitaba para trasladarse á Rodas, lugar de su destierro, y en donde

abrió una escuela de elocuencia. Recitó á sus nuevos alumnos la oración que había pronunciado contra Ctesifon, cuyo dictamen fué favorable á Demóstenes en cuanto á la corona: todos colmaron de elogios á Esquines, y se manifestaron muy sorprendidos de que una arenga tan elaborada no hubiese reunido todos los votos en su abono. «No os admiraríais tanto, les dijo Esquines, si hubiéseis oído la de Demóstenes.» ¡Cuánta nobleza y generosidad en esos dos rivales! El uno ofrece su bolsa al enemigo, el otro la acepta; pero, animado de los mas vivos sentimientos de gratitud, confiesa que el mérito de Demóstenes es superior al suyo. ¡Ah, es muy reducido el número de ejemplos tan singulares, y que rayan en el heroísmo! La historia nos presenta, por el contrario, otros ejemplos de muy distinta índole, y que causan tedio por su ruindad, como el que vamos á consignar.

Muchos fueron los elogios que tributaron á Juan Bautista Marini todos sus contemporáneos, y este eminente vate, á pesar de sus graves defectos, como corruptor del gusto, asombró al Parnaso en términos, cuando dió á luz en París su célebre poema, titulado *Adonis*, que todas las damas francesas de la corte de Luis XIII llevaban colgado del pecho el retrato de aquel cisne italiano, que llegó á convertirse en ídolo de toda la república de las letras. Cierta Murtola, mas bien poetastro, que verdadero vate, llevado en alas de la mas negra envidia, atentó contra la vida de Marini; el cual, no contentándose con perdonarle, hizo que se le sacara de la cárcel, en que yacía á consecuencia de su horrendo atentado. Murtola, lejos de manifestarse agradecido á tanta generosidad, volvió á dar rienda suelta á sus instintos malignos; y nosotros tenemos todavía, para baldon eterno de las letras, un poema muy satírico y amargo de Marini contra Murtola, titulado *Murtoleide*; y otro del infame Murtola contra Marini, conocido con el nombre de *Marineide*.

Volviendo ahora á nuestro principal argumento, nos parece muy del caso observar dos cosas muy importantes acerca de la vida y las vicisitudes de los ilustres varones, que han cultivado con fervor y ahínco uno ó mas ramos de la humana sabiduría: 1.ª la naturaleza, que les ha dotado de genio, les inclina casi instintivamente á sacrificarlo todo al amor de las letras, privándose también de las cosas mas necesarias para su comodidad y sustento. Mirabeau, desapiadadamente perseguido por su padre, encerrado en una oscura cárcel y sin ninguna clase de recursos, no dejaba de adquirir casi siempre algun libro en sus mayores estrecheces; y escribía á su amada Sofia de Monnier: «Querida mia, me domina el vicio de comprar libros.» El célebre Mendelssohn, judío prusiano, que floreció bajo el reinado de Federico el Grande, fué hijo de padres muy pobres; pero no sabiendo resistir á la fuerza de su genio, que le inclinaba decididamente á los estudios severos, pasó en su primera adolescencia dias enteros con muy escaso alimento para adquirir los libros que mas necesitaba. El célebre humanista italiano Facciolati, que compilaba aun en su decrepitud el diccionario *Septem Linguarum*, repetía á cada instante con dolor estas pocas palabras: «Sentiría bajar al sepulcro antes de poner término á mi diccionario.» Cuando Gibbon corrigió las últimas planas de su historia inmortal *De la decadencia y caída del imperio romano*, dijo con acento lastimero: «He perdido la compañera de mi vida.» Silvio Pellico nos ha dejado escrito en *Mis prisiones*, que una de sus mayores penas en Spilberg era la de verse sin libros y privado de toda lectura. Lo propio nos dice Ovidio hablando de su duro destierro en Tomi, país bárbaro y semi-

(1) V. la obra titulada: *Ensayo sobre los honores concedidos á los sabios en la serie de los siglos etc., etc.*; escrita en idioma francés por Titon-du-Tillet, traducida al castellano por don Vicente María de Tercilla. Madrid, 1781.



salvaje de la antigua Escitia. El inmortal Byron pasaba gran parte del día escribiendo, apoyado en su pupitre, y sin tomar asiento. El ilustre naturalista Jorge Cuvier no admitía en su casa ninguna especie de visitas hasta las doce de la mañana, para no interrumpir sus estudios. Hobbes después de comer se encerraba en su despacho con su larga pipa, y pasaba todo el resto del día fumando y escribiendo sus obras filosófico-políticas, que á pesar de sus graves errores revelan una profundidad de genio que asombra á los doctos mas versados en los estudios severos. El ingénuo La Fontaine, dotado de gran talento, pero de carácter naturalmente apático, pasaba días enteros escribiendo fábulas ó cuentecillos sin acordarse de las horas de comer. El célebre Hugo Grocio comentó á la edad de nueve años las obras del gramático Marciano Capella, y escribía versos latinos de corrida. Pascal, sin haber salido aun de la infancia, comprendía perfectamente á Euclides, y á los diez y seis años publicó un excelente tratado sobre las secciones cónicas. Pico, príncipe de la Mirandola, prodigio de genio y de memoria, conocía á los diez y ocho años veintidos lenguas, y á los veinticuatro sostuvo tesis sobre todos los ramos de la humana sabiduría: *De omni scibili*. Dicese que Aristóteles se ataba en el brazo derecho un cordón con una pesa todas las noches en que se proponía velar, á fin de que tirando la pesa del cordón le despertara, si vencido por el sueño, perdía su brazo toda su fuerza ordinaria en términos, que dejara caer la pesa con gran ruido en una palangana de duro metal, preparada para el caso bajo la mesa en que estudiaba y escribía. Sin echar en olvido todo lo que va dicho, pasamos á la última de las dos cosas, que ha sido nuestro único propósito observar. 2.º Todos los hombres tienden instintivamente á perpetuar la memoria de su existencia, y así como la idea de la muerte les aflige, no les entristece menos la de que nadie se acordará de ellos cuando desaparezcan del mundo. No pudiendo remediar, pues, su destrucción física, ponen en juego todos los recursos que están á su alcance para prolongar su existencia moral. Un padre que tiene hijos de conducta ejemplar y modelos de virtud, les bendice y esclama con alegría y patética dulzura: «Mis hijos honran mi nombre y darán lustre á mi memoria.» Si, por el contrario, los hijos se desmandan y viven entregados á los vicios, un buen padre lleva días muy amargos, y no pierde nunca de vista la idea acosadora de que esos hijos oscurecen su nombre y mancharán su memoria. Pero esta tendencia tan decidida á perpetuarnos moralmente, adquiere mas fuerza y vigor cuando se trata de actos y hechos que influyen de un modo muy directo en el bienestar y la felicidad de todos nuestros semejantes, porque entonces el hombre se unifica no solo con la generación presente sino con todas las generaciones futuras, que no dejarán de experimentar los saludables efectos de los actos y hechos á que aludimos. La idea, pues, de la perpetuidad de nuestra existencia moral, grabada en lo mas profundo de nuestra alma, es la que domina con preferencia en el corazón de los verdaderos sabios, porque su vida, que es la de la inteligencia, entrevé con claridad el lustre que está reservado á su fama, y disfruta con antelación del goce inefable, todo propio del espíritu y no de la materia. «Es muy desabrido y duro el pan del destierro,» dice Dante en su *Divina Comedia*; pero esclama en su misma desventura con satisfacción: «Han puesto mano en mi poema el cielo y la tierra.» Tasso, abrumado de miserias en el fondo de un lóbrego calabozo, confía en el justo fallo de la posteridad, y encuentra un alivio á sus pesares en estas palabras muy memorables: «El genio es don

de Dios, y mientras que Dios no me lo quite, el genio será mío.» Cervantes, pobre y manco, dice: «Mi Quijote no morirá;» y la certeza de un renombre imperecedero le consuela. «¡E pur si muove!» Estas palabras de Galileo Galilei, fruto de una convicción profunda, basada en la ciencia, las recoge la fama; y aquel sabio, que bien lo conoce, experimenta de antemano todo el goce que nos inspira la idea halagüeña de que los venideros glorificarán nuestro nombre. En el siglo de Augusto estaba muy en boga el epicureísmo, y Horacio dice que lo profesa; pero el sentimiento de la inmortalidad, que prepondera siempre en los genios privilegiados, le obliga instintivamente á esclamar: «Mis versos durarán mas que el duro bronce, y yo no moriré.»

El estudio de las letras perpetúa nuestra fama; pero, ¿no es preferible la ignorancia á todas las doctas elucubraciones, y á todas las tareas científicas ó literarias? ¡Mucha es la tranquilidad de espíritu, la serenidad de conciencia, la ingenuidad de costumbres, que trae consigo la ignorancia! ¿No inauguró con gran lucimiento su carrera literaria Rousseau entretejiendo coronas de laurel y mirto á la ignorancia, á esa diosa que respira paz, indolencia, reposo, sosiego? La cuestión es muy árdua y difícil de resolver, si sea mas útil y provechosa la ignorancia ó la sabiduría. Nosotros, pues, no queriendo bajo ningún concepto lanzarnos al piélagos insondable de discusiones muy graves y espinosas, nos contentamos con decir, que las ciencias y las letras, y sus progresos, mas ó menos rápidos, se enlazan tan estrictamente con la civilización, que no es dable á las plumas mas ejercitadas tratar aisladamente de la cultura intelectual de un pueblo ó del estado de su civilización. Decimos, por último, que la mente de los sabios es un volcán que elabora siempre materias nuevas, y que tarde ó temprano manifiesta con gala todas sus fuerzas, no para destruir, sino para edificar. A todos los sabios, pues, se pueden aplicar estos versos:

*S'occuper, c'est savoir jouir;  
L'oisiveté pèse et tourmente:  
L'âme est un feu qu'il faut nourrir  
Et qui s'éteint s'il ne s'augmente (1).*

SALVADOR COSTANZO.

## IGLESIA DE SAN AGUSTIN.

En las nuevas construcciones de ese nuevo París, que se va levantando como por encanto, figura la iglesia de San Agustín, cuya vista reproducimos, y que al cabo de cuatro años desde que se puso la primera piedra, se ostenta hoy esbelta y bella, para servir de adorno, de utilidad y centro á uno de los mas lindos y concurridos barrios de esa ciudad, que empieza á ser la Babilonia moderna.

En efecto, entre el boulevard de Malesherbes, el parque de Monceaux, la puerta de Asnieres y la plaza de Laborde, y sirviendo de punto de partida á sus nuevas y antiguas calles, contándose entre todas doce, como alrededor del Arco de triunfo, se ha situado ese nuevo templo que, sepa-

(1) Ocuparse, es lo propio que saber gozar; la ociosidad pesa y atormenta; el alma es un fuego, que necesita alimento, y que se extingue si no lo aumentamos.